

ron de nuevo á los Vándalos cuando, bajo la presión de los Visigodos y ayudados por la disensión de los generales romanos, pasaron al Africa. En diez años, de 429 á 439, terminaron la conquista de la Mauritania y de nuevo una Cartago enemiga se levantó ante Roma. Habiendo sido marinos en el Báltico, los Vándalos, á los cuales se habían mezclado gentes de toda raza y de todos los oficios, se hicieron también marinos en el Mediterráneo, y, como sus predecesores los Cartagineses, se hicieron también dueños de las islas del mar Tirreno, Córcega, Cerdeña y Baleares. Su reinado, que sólo había de durar un siglo, fué, de todos los que hizo nacer la emigración de los pueblos, el más atrevido fuera de su medio natural, y, por consiguiente, el que al desaparecer había de dejar menos huellas.

Los Ostrogodos, que tuvieron que sufrir el primero y terrible choque de los Hunos, cuando éstos se fraguaron un paso entre el Báltico y el Ponto Euxino, no fueron tan móviles como el pueblo de los Vándalos en su desplazamiento hacia el Oeste. Los que entre ellos no se vieron forzados á acompañar á sus vencedores hacia la matanza de Chalons ó no se habían dispersado entre otros pueblos con carácter de fugitivos ó de aliados, lograron acantonarse en la Panonia, región muy fácil de defender, que rodea al Norte y al Este la gran curva del Danubio entre Vindobona y Singidunum, — Viena y Belgrado, — y que atraviesan los ríos Drave y Save, salidos de los Alpes y de sus prolongaciones ilíricas. En esa fuerte posición estratégica, muy amenazadora á la vez para el imperio bizantino y para lo que quedaba del imperio de Roma, los Ostrogodos podían esperar la ocasión de tomar nuevamente la ofensiva. Los Gépidos y los Hérulos, que también habían pertenecido á la confederación de los Godos y que tomaron partes diversas en la invasión del mundo romano, estaban sólidamente establecidos en la vecindad, los Gépidos al oriente del Danubio, en las comarcas llamadas hoy Alfeld, Transilvania y Valaquia, los Hérulos en el hemicírculo septentrional de los Carpatos. Pero esos pueblos inquietos no esperaban, como los Ostrogodos, sino el momento de lanzarse contra las ricas ciudades del Mediodía, llenas de botín.

En cuanto á los Visigodos, esos bárbaros que habían estado el mayor tiempo en contacto con los civilizados de las comarcas medi-

terráneas, debían á sus invasiones hasta en Tracia, en Grecia, en Iliria y en Italia, comenzadas desde los tiempos de los Antoninos, una notable dulcificación de sus costumbres, al mismo tiempo que la adquisición parcial de las industrias y de las ciencias del mundo romano: destructores de la Ciudad Eterna, tuvieron la ambición de continuar su obra. Un rey de los Visigodos, Ataulfo, que llegó á ser cuñado del emperador Honorio, se puso también á la cabeza de sus ejércitos para reconstituir el imperio de Occidente. Los Visigodos, en nombre de Roma, reconquistaron en efecto Provenza, la Narbonense, Aquitania y España, y pronto después de su triunfo sobre Atila, bajo el reinado de Eurico, constituyeron un reino grandísimo que se extendía desde el curso del Loira hasta las columnas de Hércules, que les pertenecía en perfecta propiedad, á pesar del señorío aparente de Roma: únicamente los Suevos lograron, durante algunas décadas, conservar su independencia contra los Visigodos en la Iberia oriental. El ideal de romanización era tan vivo y sincero en los reyes de los Godos, que habían hecho recopilar las



Museo de Cluny.

Cl. Giraudon.

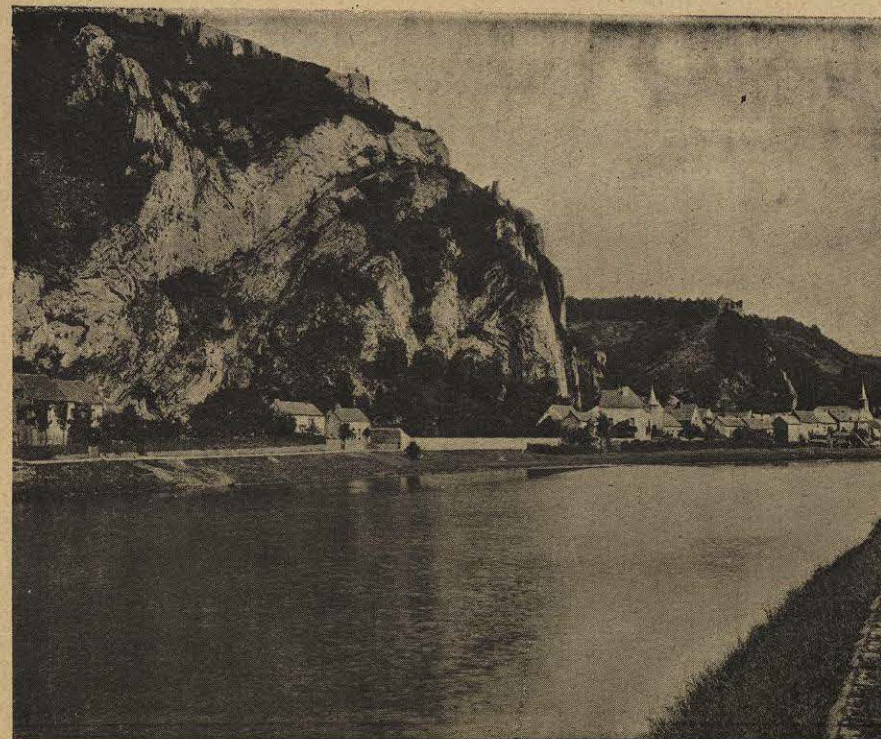
CORONAS DE ORO DE LOS REYES VISIGODOS
SIGLO VII

leyes romanas para gobernar á sus súbditos según el ejemplo del imperio vencido, y tal había sido su celo ignorante, que conservaron en ese código (*Lex Romana Wisigothorum*) unas disposiciones injuriosas para sí mismos. Puede citarse, entre otras, la «ley Honorio», que prohibía el matrimonio entre Romanos y Bárbaros¹.

También los Burgondios, que ocupaban entonces la cuenca del Ródano, desde el Oberland hasta la Camarga, se acomodaron lo mejor posible á las exigencias de la majestad romana. Después del exodo más de dos veces secular y cortado por batallas y matanzas, que les condujo á las orillas del Vístula y á las del Rhin, acogieron con alegría la fortuna de poder entrar pacíficamente en su nuevo territorio, respetando, conforme á la justicia, los intereses establecidos. Por mucha prisa que sintieran las tribus germanas de hacer que mugiera su grito de guerra en el hueco de sus escudos, preferían, sin embargo, siguiendo la ley del menor esfuerzo, recibir gratuitamente tierras en cambio de un homenaje pronunciado con los labios. En cuanto á los Alamanes ó Alemannen, «gentes de toda raza» que impulsaban los Burgondios y se establecieron en el valle del Rhin, al sud del Main y del Mosela, no se habían hecho conceder esas tierras por la munificencia de Roma, sino que las debían al hierro de sus espadas.

Los Francos, que en la sucesión de las edades dieron á las Galias el nombre de «Francia» y á los Galos el de «Franceses», no ocupaban á la mitad del siglo V más que una ínfima parte del territorio actualmente así denominado. Eran dueños de las comarcas que atraviesan el Rhin, el Mosa y el Escalda en su curso inferior, y penetraban al Sud en el país que fué después el Artois. Durante la segunda mitad del siglo III las poblaciones residentes de la Bélgica actual habían visto esas bandas germánicas aparecer al oeste del Mosa; la primera mención que de ellas hace la historia data del año 240. El emperador Maximino, rodeado de diversos lados por enemigos, recurrió al medio usual concediendo á los Francos, convertidos en colonos militares, las partes no cultivadas del país de los Morins y de los Menapios; la germanización se hizo hasta la

¹ Godefroid Kurth, *Les Origines de la Civilisation moderne*, I, p. 338.



VALLE DEL MOSA EN LAS INMEDIACIONES DE NAMUR

De una fotografía.

En nuestros días el Mosa está canalizado, una vía férrea y dos caminos siguen su curso, pero en la época de los movimientos de los Francos, era difícil el paso al pie de esas rocas cuya doble línea se extiende más de cien kilómetros, desde Mezières á Lieja.

El río separaba el bosque Charbonnière del de los Ardenes.

proximidad de Boulogne¹, pero la costa no tenía entonces el dibujo que nos es familiar y que no recibió hasta el siglo X: seiscientos años antes, el agua del mar, destruyendo las antiguas colonias belgo-romanas, había invadido las tierras bajas desde Brujas á Dunkerque². También Juliano permitió á los Salios vencidos establecerse en las soledades de la Toxandria, la Campine actual; pero esos nuevos súbditos de Roma eran de carácter instable, y cuando, al principio del siglo V, las legiones romanas abandonaron Bélgica para ir á defender Italia contra la invasión bárbara, los Francos siguieron el movimiento en la dirección del Sud. Su camino está todavía claramente indicado en nuestros días por la frontera de las lenguas flamenca

¹ H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, t. I, p. 9.

² A. Rutot, *Esquisse d'une comparaison des couches pliocènes... de la Belgique... et du sud-est de l'Angleterre*, Brux. Soc. belge de Géolog., 1903.

y walona, y esa misma frontera estaba determinada por las condiciones físicas de la comarca. El bosque «Charbonnière», que prolongaba al Oeste la gran selva de los Ardenes, y del cual el bosque de Soignes, cerca de Bruselas, y el parque de esta ciudad son escasos restos, contenía á los invasores y les obligaba á caminar hacia Occidente: la «muralla de bosque» permaneció mucho tiempo infranqueable; los pasos se hicieron poco á poco á lo largo de los ríos y de los arroyos durante el transcurso de la Edad Media; hasta la mitad del siglo IX el bosque conservó su carácter de límite natural, ya mencionado en la ley sálica¹. Al Norte se hallaban los guerreros y colonos germánicos; al Sud, los claros y los valles estaban ocupados por los Celtas Wala, antepasados directos de los Walones.

El empuje de la invasión franca se hizo primeramente de una manera muy pacífica con el asentimiento de los Romanos, quienes á pesar de ello no hubieran podido impedirla. De esa primera época datan la mayor parte de las villas flamencas cuyos nombres, terminados en *hem*, *ghem* ó en *ingem* — quizá esta última forma es más bien debida á los Alamanes, — el *heim* germánico, recuerdan todavía los fundadores francos. Gracias á ese sufijo de los nombres de lugares, pueden seguirse fácilmente las huellas de las emigraciones de los Francos desde las bocas del Escalda hasta las colinas del Bolonesado: las palabras indican el paso de los guerreros cultivadores que sientan solemnemente la piedra del hogar². A la mitad del siglo V el romano Aecio, que todavía gobernaba una provincia gala al norte del Imperio virtualmente difunto, vino á colocarse á través de las olas humanas para defender contra ellas la alta cuenca del Escalda. Entonces hubo de producirse un choque violento: de pacífica, la invasión franca se hizo militar, bajo la dirección de Chlodio — Clodión, — el primer rey de los Francos cuyo nombre queda fijo en la historia con certidumbre. La solidez de las tropas disciplinadas le retuvo al norte del Somma, pero esperaba la ocasión de dirigirse á los campos que fueron después la «isla de Francia». Ciertamente los Francos no penetraron en las Galias «para libertar allí á los Galos del yugo de los Romanos», como imaginaba toda una escuela histó-

¹ H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, t. I, ps. 10 á 13.

² Godefroid Kurth, *Origines de la Civilisation moderne*, t. II, p. 59.

rica en el siglo XVIII¹; venían como dueños para substituir á otros dueños, y el nuevo régimen había de ser más duro aún que el antiguo. Como Freret lo dejó sentado hace ya mucho tiempo, el nombre de «Franks» no significa en modo alguno «Hombres libres», como lo ha hecho entender el falso patriotismo de ciertos escritores franceses; en los documentos originales *frek*, *frak*, *frank*, *vrag*, según los diferentes dialectos, responde á la palabra latina *ferox*, de la cual tiene todos los significados, favorables y desfavorables, «noble, intrépido, orgulloso, cruel».

Detrás de los pueblos germanos que pesaban sobre la frontera del mundo romano ó que ya la habían franqueado, Ostrogodos y Visigodos, Suevos y Vándalos, Burgondios, Alemannen y Francos, se presentaban otros pueblos, ávidos de precipitarse al botín; tales eran los Longobarden ó Lombardos, los «Largas Barbas» ó «Largas Hachas», que durante el siglo siguiente habían de tomar una gran parte en la repartición de lo que fué el Imperio; pero en la época de Atila vivían aún sobre las fuentes del Oder, separadas por montañas y bosques del antiguo mundo ecuménico. En cuanto á las tribus germanas que ocupaban las orillas del mar, se ponían en movimiento para ir á la conquista de nuevos territorios al lado opuesto de las olas. Los



Museo de Artillería.

GUERRERO FRANCO

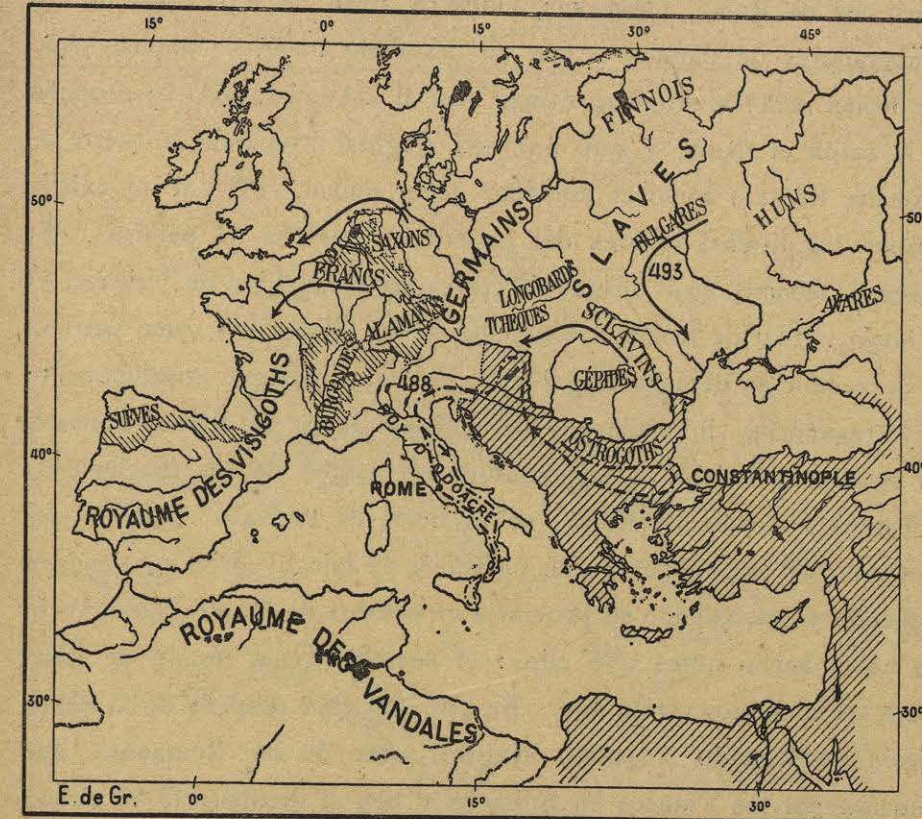
¹ Augustin Thierry, *Considérations sur l'Histoire de France*, c. II.

Jutes, que habitaban la península denominada indiferentemente Jylland ó Jutland; los Angles, que ocupaban la raíz de la península entre el Trave y el Elba; los Sajones, más poderosos, que dominaban el vasto territorio situado al Oeste y al Sudoeste, entre el mar y las primeras montañas, todas esas tribus, á la vez agrícolas, pastorales y marítimas tomaban parte en la gran conquista por tierra y por mar. Las flotillas de piratas sajones costeaban ya hacía doscientos años las riberas continentales del mar del Norte, depositando en distintos puntos colonias permanentes sobre las costas: pasando la Mancha se habían avanzado hasta la Armórica y el estuario del Loira. Las costas de la Bélgica actual habían tomado ya el nombre de *litus saxonicum*, y de allí los Anglo-Sajones, unidos á los Jutes, se lanzaron en 449 ó 453 para pasar el estrecho y desembarcar en la isla de Thanet, punta nord-oriental del país de Kent, actualmente transformada en tierra firme. Se dice que habían sido llamados por los vencidos de una guerra civil, y pronto aprendieron éstos á sus expensas que se habían dado amos y exterminadores. El país de los Bretones — Bretania — se convirtió en el de los Angles — Engel-land ó Inglaterra, — como el país de los Galos se había convertido en el de los Francos.

Y mientras que los bárbaros se disputaban así los jirones del Imperio Romano, éste conservaba todavía un resto de vida. Después del paso de Alarico, Roma había sido reedificada y unos emperadores tímidos se habían aventurado á sentarse en el trono, protegidos por algún lugarteniente bárbaro. Una especie de reverencia impedía á los impíos poner las manos sobre la Ciudad Santa, y aquellos mismos que saqueaban sus tesoros le dirigían sus homenajes y pretendían hablar en su nombre. Sin embargo, Genserico, rey de los Vándalos, aquel conquistador que había avanzado más que todos y que había sometido más pueblos diversos, no era hombre que se detuviera por respeto supersticioso hacia la majestad romana. Ya, por su dominio sobre la Mauritania, que fué antes la comarca más útil para el abastecimiento de Roma, hacía sufrir hambre á la Ciudad Eterna, y en cuanto la ocasión le pareció favorable (455), se dispuso á tomar la ciudad y saquearla á fondo. Durante catorce días y catorce noches se hizo la obra con método; nada de valor quedó

olvidado en los palacios y en las iglesias: hermosas telas, piedras preciosas, oros y bronces, todo fué cuidadosamente tomado, y cuantas personas podían pagar rescate, hasta los obispos, fueron á formar

N.º 268. Europa de 476 á 493.



Los principales movimientos étnicos, durante el período que comprende este mapa, fueron la invasión de Italia por los Visigodos, ocurriendo una docena de años después la supresión por Odoacro de la función honorífica de emperador romano, el descenso de los Francos hacia el centro de la Galia y la continuación del paso de las poblaciones sajonas á la Gran Bretaña.

Los Visigodos extendieron su dominio sobre la Provenza, los Búlgaros se dirigieron hacia el mar Negro, los Tcheques avanzaron hacia Bohemia.

Una banda estrecha de rayado limita los pueblos independientes de España, otra el país de los Burgondios y el de los Francos y Alamanes.

parte del rebaño de los prisioneros. No hay razón para que el nombre de «Vándalos» se haya aplicado después á ciegos destructores, que destrozan por placer y saquean sin discernimiento, porque los Vándalos sabían contar.

Después de tan terrible ejecución, el Imperio continuó que-